

tus sonoros trinos, en la agitación de tus preciosas alas, «que me ama y que me amará en la ausencia, y que tenga esperanza en su constancia y su fe...» Ven, y contempla las lágrimas que vierto por tu dueño..., por quien te envié a mis manos..., y si algún día el destino, compadecido de mis penas y las tuyas, realiza las bellísimas esperanzas que sostiene aún mi abatido espíritu, tú le dirás lo mucho que le amo...; la profunda tristeza que me mata...; la inquietud y la zozobra en que vivo desde el instante en que la revolución estalló en la capital..., lo presente que su imagen está en mi memoria..., que ni un instante me olvido de él...; que él es el objeto de todo mi amor, de todos mis afanes, el centro de atracción en que giran todas mis ideas, todos mis pensamientos, todas mis ilusiones, mi alma y mi vida...

Y el llanto del amor, ese dulce bálsamo del corazón que refresca las heridas del alma, corrió en abundancia por su angélico semblante, pálido, suave y apacible como el melancólico disco de la plateada luna.

Clotilde había caído en una languidez mortal desde el día en que sonó el cañón fratricida en la capital.

El peligro en que creía envuelta la vida de Leopoldo afectó su corazón enfermo.

Ausente de él; retirada en una población en que no daba un paso sin tener a su lado al inicuo Duval que la atormentaba a todas horas hablándole de su frenético amor, su salud, ya quebrantada, decayó de tal manera, que se encontró sin fuerzas para salir de su alcoba.

Allí, al lado de la bondadosa Inés, y entregada a la tristeza que la consumía, esperaba resignada el momento en que brillase el día de la justicia y de la inocencia de su amante.

Pero por pronto que este instante propicio viviese, ¿viviría para presenciarlo?

He aquí el pensamiento que le asaltaba con frecuencia, y que le hacía verter un raudal de lágrimas.

La infeliz conoció que su salud empeoraba visiblemente. Que cada día que pasaba era una hoja arrancada a la flor de la esperanza que el cierzo de la muerte sacudía.

Imposibilitada por su decaimiento y debilidad para salir, permanecía en su alcoba trayendo a la memoria la impresión terrible que había dejado en su ánimo la muerte del desgraciado a quien sacaron ahogado de la sima del pintoresco Molino de Flores, la noche del día en que ella, por primera vez, lo visitaba.

Cada vez que su imaginación se fijaba en aquel funesto suceso, se ponía pálida, sus delicados miembros temblaban, y el terror se retrataba en su semblante.

Don Emilio, instigado por el doctor, volvió otras veces, en distintos días, a tratar con Clotilde sobre lo conveniente que sería un viaje a Europa; pero viendo la resistencia de la joven, y temiendo hacerse odioso a sus ojos, manifestó a Willey que era inútil todo empeño, y no se volvió a hablar más del asunto.

Sin embargo, Clotilde temía que se insistiese más tarde en el proyecto de arrancarla del país en que existía para ella todo lo que hacía agradable su vida, el hombre cuya imagen estaba grabada en su corazón, y esto le inquietaba y destruía su salud.

Entretanto, el cañón retumbaba en las calles de México, sembrando la muerte y el espanto entre los hijos de un mismo suelo, que se entretenían en miserables rencillas domésticas, cuando el enemigo exterior arrojaba sus destructores proyectiles sobre la invicta Veracruz que, abandonada a los aislados esfuerzos de su heroica y corta guarnición, combatía contra el colosal poder de los Estados Unidos del Norte.

CAPITULO VII

La cantinera

Volvamos ahora al sitio a donde condujo el soldado a Rafael, y en donde le dejamos junto al helado cuerpo de la desgraciada mujer que no le había perdido de vista más que en los últimos momentos de aquella penosa y sangrienta campaña.

El ¡ay! pronunciado por la moribunda cantinera, fué arrancado por el dolor de la mortal herida que había recibido en el combate.

Al acercarse el soldado, estaba la infeliz con los ojos cerrados, y esto hizo que el valiente militar pronunciase una exclamación de espanto, creyéndola muerta.

Rafael, impulsado por un sentimiento de humanidad, y anhelando sobre el secreto que tenía que comunicarle y quién era, le quitó el pañuelo que cubría su rostro, y se quedó admirado.

¿Quién era esa mujer? preguntamos entonces; y el lector lo va a saber muy pronto.

El joven médico, uniendo a su asombro el interés que despertaba en él la vista de aquella mujer, la miró atentamente, le tomó el pulso, y la encontró aún con vida.

—¿En dónde es la herida?—preguntó entonces posponiendo su asombro y el deseo de hacer otras preguntas, al anhelo de arrancar aquella víctima a la muerte.

—En el pecho—respondió la mujer con desfallecida voz.

—¿La han curado a usted?

—No, señor; ni quiero que me curen, porque conozco que todo será inútil y que dentro de un instante voy a morir.

—Sin embargo...

—Nada...; lo único que temía era morir sin ver a usted. ¿Recuerda usted haberme visto antes?

—Sí.

—Una vez entró usted a mi casa, en la calle de Tacuba, número 3.

—Sí, en la habitación inmediata a la de mi amigo Leopoldo. Sálvame yo de ella, cuando me llamó usted para que viese a su esposo que estaba con una fuerte pulmonía.

—¡Ojalá hubiese muerto de ella! El desgraciado no se vería hoy loco en el hospital de San Hipólito.

—¿Ha perdido el juicio?

—Sí; a causa de su pasión al juego.

—¡Desdichado!

—Yo, anhelando sacarle de la casa de dementes y tenerle a mi lado cuidándole yo misma, vendí cuanto me quedaba; compré víveres y vinos con objeto de sacar una buena utilidad vendiéndolos en el ejército, para dedicarla después a proporcionar a mi desgraciado esposo cuanto fuese necesario para el cobro de su razón.

—¿Y por qué no se dió usted a conocer desde que salimos de San Luis?

—¿Por qué?

—Yo la veía a usted cubierto el rostro continuamente, y era imposible que pudiera conocerla.

—Tenía mis motivos para ocultar mi rostro.

—¿Cuál?

—Esa incómoda vanidad que rara vez nos olvida.

—¡Vanidad!

—Sí, don Rafael; yo había vivido en un tiempo con algunas comodidades, y no quería que ninguno de los que vienen en el ejército, en el cual hay muchos jefes que me conocen, me viesen reducida al miserable estado de cantinera.

—¿Conque ése era únicamente el motivo?

—Ese, nada más.

—¿Y qué importaba que la conociesen a usted? La causa que le había obligado a usted a venir en el ejército era noble, y la ensalzaba a usted.

—Sí; salvar a mi esposo del triste estado en que se encuentra fué mi pensamiento al presentarme de vivandera; pero Dios lo ha dispuesto de otro modo, y muero sin haber tenido el gusto de cuidarle en sus últimos instantes. Sin embargo, he podido reunir cuatrocientos pesos, que podrán serle de mucha utilidad. Yo le ruego a usted que se los vaya dando poco a poco, según sus necesidades... Aquí están, debajo de esa piedra que me sirve de cabecera...

—Le prometo a usted que cumpliré religiosamente con su voluntad, y que pondré cuantos medios estén en mi mano para que recobre el juicio, y no carezca jamás de lo necesario a la vida.

—¡Dios se lo premiará a usted, don Rafael! —dijo la moribunda con débil voz, y apretando agradecida la mano del facultativo—. Y ahora que ya he cumplido con el deber de esposa, escúcheme usted lo que a usted le pertenece..., el secreto que mil veces traté de comunicar a usted desde que la casualidad hizo que le encontrase en esta expedición, y que nunca encontré coyuntura para revelárselo...

—Hable usted, que la escucho con ansiedad.

La mujer hizo un esfuerzo para recobrar sus fuerzas y después de una larga pausa, dijo:

—¿No ama usted a la señorita Luz?

—¡La idolatro..., la adoro! ¡Ah! ¿tiene usted algo que decirme de ella...? ¿Vive? ¿Dónde está? ¡Decidme, decidmelo por Dios!

—La noche, víspera del día que yo tenía que salir de México, me fuí a despedir de doña Anita, antigua amiga mía, y de otra señora española, cuyo esposo, lo mismo que el mío, había perdido la razón a causa de sus pérdidas en el juego. Al salir de la casa de la última, vi caer de una ventana con rejas de hierro, un pañuelo blanco que recogí con objeto de entregárselo a su dueño. La luna brillaba con toda su plenitud, y a los rayos de ella, pude leer, trazadas en lienzo, algunas palabras que leí admirada. Eran firmadas por una joven tan hermosa como desgraciada...

El dolor de la herida obligó a la pobre mujer a llevar

la mano al pecho y a suspender por un instante su sencilla relación.

Rafael estaba ansioso por saber el término de aquella aventura, que la moribunda aseguró pertenecerle.

Temió que la muerte la sorprendiese antes de terminar lo que tenía que decirle.

Pero la esperanza volvió a su corazón al ver que se disponía a continuar.

—¡Ah! ¡Siga usted..., siga usted, por Dios! —exclamó Rafael—. ¿Y la joven que trazó aquellos caracteres quién era?

—La señorita Luz.

—¡Luz!

—Sí, señor; la virtuosa mujer que usted ama. Yo tenía precisión de ponerme en camino al siguiente día muy temprano, y no pude ir a casa de usted a comunicarle lo que había.

—Ni me hubiera usted encontrado en ella, porque la desesperación y el deseo de hallar la muerte, me hicieron tomar parte en el ejército.

—Todo ha sido providencial, porque de otra manera el secreto hubiera quedado oculto.

—Pero ese pañuelo escrito, ¿lo tiene usted? ¿lo conserva usted aún?

—Lo tengo.

—¡Ah! ¿Dónde está? —exclamó transportado de alegría Rafael—. ¡Démelo usted..., démelo usted, por Dios!

—En el bolsillo de mi vestido lo encontrará usted: yo no tengo fuerzas para sacarlo... ¡Ah!, mis ojos se cierran..., me falta el aliento...; sed feliz..., cumplid con... mi encargo... ¡Adiós!

Y la mujer expiró.

Rafael, impaciente por apoderarse de la prenda escrita por su amor, la buscó en los bolsillos del vestido que envolvía el cadáver y pronto su mano tropezó con un papel que contenía dentro un pequeño bulto. El enamorado joven lo desenvolvió precipitadamente, y muy luego sus ojos se fijaron en unas grandes letras escritas en un pañuelo blanco.

Rafael quiso leerlas; pero la noche estaba oscura y tempestuosa, y no pudo conseguirlo.

—Leeré después —dijo para sí—, y luego, llamando al soldado que se había retirado un poco mientras hablaba con la moribunda, añadió:

—Tenga usted la bondad de ayudarme a dar sepultura a esta desventurada mujer.

El soldado obedeció gustoso, y después de haber hecho entre los dos una sepultura poco profunda, colocaron en ella el cuerpo inanimado, que cubrieron de tierra.

Cumplido tan humano deber, Rafael alzó la piedra, bajo de la cual estaba el dinero; guardó éste, se dirigió a la tienda en que se hallaba su excelente amigo don Juan, ansioso de leer las palabras contenidas en el pañuelo que llevaba en la mano; entró agitado en el alojamiento, y sin fijar la atención en su valiente amigo, se acercó a la luz que iluminaba la tienda; extendió el pañuelo, y leyó conmovido y pálido estos cortos renglones:

«Ignoro quién recogerá este pañuelo, pero cualquiera que sea la persona a cuyas manos vaya, yo le suplico por el alma de sus padres, se lo entregue al médico don Rafael..., a quien le interesa sobre manera saber dónde me encuentro... Estoy presa; pero ignoro el sitio en que se halla mi prisión, por haberme traído de noche en un carruaje y con los ojos vendados.

»Mi raptor es el doctor Willey, hombre inhumano, a quien aborrezco y el cual jamás conseguirá vencer mi virtud.

»Careciendo de tinta y de pluma, aquella la he suplido con las pavesas de las velas que me alumbraban de noche, y que, colocadas en un tiesto con un poco de agua, me han dado un tinte negro; y la segunda, con una plumita que para limpiar los dientes había pedido a mi carcelera.

»Mis ojos son dos fuentes de lágrimas que ruedan sobre el lienzo que escribo.

»Hombre o mujer que lea estos caracteres, ponlos por piedad en manos de mi inolvidable Rafael, para que él premie tus servicios, y me saque del inicuo poder de un malvado.

»LUZ.»

—¡Era Willey! ¡Era ese infame doctor..., ese falso amigo, quien me robó cuanto amaba sobre la tierra! ¡Ah!, pronto volveré a México; me presentaré a él con este escrito que revela sus inicuas tramas y le pediré cuenta de la mujer que ha encarcelado..., que me la entregue en el momento, si no quiere morir en mis manos o en las sangrientas de un verdugo.

Exclamó furioso y en alta voz Rafael, sin acordarse de que había quien le oyese.

—¿Qué le pasa a usted que así le exalta, amigo mío?—le preguntó don Juan.

—Mire usted.

Y Rafael le dió a leer lo que contenía el pañuelo.

El joven militar quedó gratamente sorprendido de aquel acontecimiento, que le abría a su amigo las puertas para encontrar a la mujer que amaba.

—¿Y quién le ha entregado a usted ese interesante escrito?—le preguntó don Juan devolviéndole el pañuelo.

—Doña Cruz; la esposa de un antiguo empleado a quien curé de una pulmonía y que hoy ya es loco en la casa de dementes. La cantinera que colocaba siempre sus tiendas al lado de la nuestra.

—¿Ella? ¡Ah! ¡Bien decían mis compañeros que miraba a usted con predilección! ¿Y dónde está?

—En la eternidad.

—¿Cómo!

—Acaba de expirar.

—¿Pero no le ha dicho a usted el sitio y la calle en que recogió el pañuelo?

—Se le olvidó advertírmelo sin duda. Pero ¿qué importa? ¿No sé quién es el malvado? ¿No tengo valor y espada para obligarle a que me entregue lo que infamemente me arrebató en este mundo? ¿No hay justicia para que le prenda como a un infame y le castigue severamente?

—Sí; hay cuanto usted acaba de decir; y yo le ayudaré a usted en esa empresa, si es preciso, con mi brazo y con mis armas.

—Gracias, amigo mío —dijo Rafael dándole la mano agradecido—; pero de las armas sólo haré uso cuando no me viese escuchado por los jueces.

—Pero los jueces escucharán a usted, y la hermosa Luz recobrará su libertad y usted encontrará en su amor su anhelada ventura.

—¡Oh! Estoy impaciente por llegar a México.

—Comprendo esa impaciencia.

—Cada instante que pasa debe ser un siglo de tormento para aquel ángel que espera verme llegar a arrancarla del poder del infame Willey, como es para mí cada momento que permanezco sin poder volar a su lado.

En aquel momento entró un oficial suplicando a Rafael marchase a curar algunos heridos que acababan de llegar arrastrándose del sitio en que había sido el combate, y en el que habían quedado abandonados.

—Voy al instante—contestó Rafael.

Y el oficial salió sin detenerse.

—Ahora podrá usted desempeñar su humanitario trabajo con doble valor y satisfacción, puesto que ha encontrado usted el medio de volver a ver a la mujer que ama.

—Temo que se me obligue a permanecer curando a los heridos por mucho tiempo.

—Pues yo espero que, si pide usted una licencia por los días necesarios para ir a México y salvar a Luz, se le concederá a usted.

—¡Dios lo quiera!

—Pídala usted.

—La pediré.

—Pero pronto.

—Mañana mismo. Adiós: voy a cumplir con mi deber de curar a los heridos.

—Adiós.

Y Rafael, lleno el corazón de inquietud y de esperanza, y anhelando el nuevo día para solicitar la licencia de volver por unos días a México, para arrancar del poder de Willey a la mujer que idolatraba, salió de la tienda, y se dirigió al sitio en que le esperaban los desgraciados heridos.

CAPITULO VIII

Exponer la vida

La división de Santa-Anna, después de haber emprendido su retirada de la Angostura, y de haber pasado inauditos trabajos y miserias por la carencia de víveres, de agua y de medios de transporte para conducir a millares de enfermos y de heridos, entró en San Luis el 9 de marzo, recibiendo las más inequívocas demostraciones de aprecio de aquella población filantrópica y patriótica.

Las bajas de aquel ejército, que tan lleno de esperanzas y tan brillante había salido un mes antes, habían sido considerables, pues de los dieciocho mil hombres de que se compuso al partir en busca del enemigo, sólo entraron diez mil quinientos en el estado más triste y desastroso.

Santa-Anna, informado de lo que pasaba en México, y de que la revolución de Polkos y Puros tenía a la ciudad alarmada, dió orden de que después de un descanso de cuatro días una parte de la división continuara su marcha hacia la capital.